

Humor en la nueva literatura sucreña

Laberintos del gallinero

Taller de escritura Páginas de Agua
MARÍA ALEJANDRA GARCÍA
MOGOLLÓN (Compiladora)
Antología de Renata, Sucre, Sincelejo,
2010, 104 págs.

BAJO EL simpático título de *Laberintos del gallinero* se ha hecho una compilación de textos de los participantes del taller de escritura –dirigido por María Alejandra García Mogollón– Páginas de Agua en Sincelejo (Sucre) en la costa Caribe colombiana. Este taller sucreño forma parte de la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa (Renata), que existe bajo el auspicio del Ministerio de Cultura en asocio con diferentes instituciones culturales de cada región. Este volumen reúne varios textos de una docena de los asistentes al taller. Hay cuentos largos y cortos, y una muestra de poemas de otros participantes. Habría que anotar que, obviamente, son ejercicios de aficionados, de personas con disposición hacia la escritura. No son obras de escritores en el sentido rimbombante que damos al término. Por supuesto, hay páginas mejor logradas que otras. Llama la atención el humor que se advierte en no pocos de los textos reunidos. Por nombrar un ejemplo, yo mencionaría el de Miguel Hernández –homónimo del poeta de Orihuela–, quien después de meternos en una lucha de reyes entre medievales y de ciencia ficción, desemboca en un disparate jubiloso:

Lucha de reyes

Se levantó con muchas ganas pero nadie sabía qué tenía. Golpeaba todo lo que veía. Desde ese día se la pasaba bravo y muy agotado. Un día hubo una fiesta donde asistieron todos los reyes. Todos iguales, bravos y agotados. Tenían ganas de pelear. Un rey del país más extraño, el de Maracua, era el peor, quería matar.

Alguien habló, nadie le prestó atención. Era un plebeyo que sufría por lo que le hacían a su rey. Comenzó a gritar y dijo: todos los reyes están bravos, si se quieren matar, déjenlos. Armaremos un duelo, entre todos los meteremos en un coliseo para

que cada uno se mate y el que gane será el rey del mundo. Se pusieron de acuerdo y todos dijeron sí. Llegó el día y los metieron al coliseo, comenzaron a golpearse y murió el rey de Escocia y siguieron muriendo y quedaron dos reyes, el de Maracua y el rey de ese país. Los dos estaban cansados, se dieron espadas y el rey de Maracua, cayó. El rey lo iba a matar, en eso el rey de Maracua le dio una patada en la canilla. Cuando el rey siente la espada en el pecho aparece mami diciendo: levántate, se te va a hacer tarde para el colegio.

¡Hay una dicha en esa narración dislocada! ¡Me siento jugando con mi hijo de cuatro años! ¡No sé de dónde habrá sacado este sucreño tal historia de reyes, probablemente de la televisión, de los dibujos animados, del mundo onírico, imagino, y ese final loco entre Ionesco y Gombrowicz!

De todas maneras, uno se pregunta qué tanto provecho se alcance con esos talleres. Y quién los dirija. Porque también es evidente la torpeza de la simple redacción, no ya de los textos en su sentido literario, que, como se dijo, son ejercicios de aficionados, sino la manera rudimentaria, la repetición de palabras, la puntuación, etc. Porque sucede que cuando hay un director sobresaliente, todos los alumnos del taller acaban escribiendo como él y, si no sabe suficiente, todos aprenden de él también sus defectos. Es un asunto delicado lograr que cada quien sepa oír su propia voz, expresar sus asuntos a su manera, sin convertirse en émulo de su tutor. Ahora, si bien en los relatos encontramos aciertos, en los poemas creo advertir una menor destreza y un afinamiento más notorio en cuanto a ideas y lenguajes trajinados en exceso. A pesar de todo, ahí está el volumen con una amplia muestra de lo que los integrantes del taller han hecho.

Fernando Herrera Gómez